

Estas son las quejas de un militante del Partido Socialista Obrero Español, que escribe sus reflexiones bajo el seudónimo de Tomás Ezquerro.

Su crítica es muy fuerte, a la vista del fracaso electoral del PSOE, pero conserva unas dosis de esperanza ante la posibilidad de que

sean aprovechadas las consecuencias de la dura lección.

En cuatro años —escribe— se puede ganar lo perdido y en otros cuatro más, además de un sólo partido, tendremos el Gobierno. Ocho años no son mucho. Felipe tendrá justo la edad de ser jefe de Gobierno —concluye.

La ira de un militante del PSOE

Tomás Ezquerro

Bueno: Al fin han transcurrido las elecciones generales, se conocen los resultados y es hora de hacer el balance de lo ocurrido, su crítica (la autocrítica la debe hacer el PSOE y no el pueblo español, pese a lo que diga Guerra), y, sobre todo, decidir entre todos los que creemos sinceramente en el socialismo como opción mejor y más justa para la sociedad, qué vamos a hacer en el futuro y con qué criterios vamos a organizarlo y seleccionar las personas responsables de llevarlos a cabo.

Los que habíamos vivido la clandestinidad, hecho activismo político sin esperanza alguna en los años 50 y 60 —y en el PSOE no siempre se podía hacer por no existir prácticamente, salvo la esporádica ASU—, hemos vivido estos dos años últimos como alucinados pensando que habíamos caído en un país que no era el nuestro. El 15 de junio, este país se manifestó socialista en un grado sorprendente, concediendo al PSOE un crédito inesperado hasta por los más optimistas de nosotros. Pero nuestros líderes vencedores atribuyeron el triunfo, no a la confianza del pueblo español en las ideas socialistas, en la historia del PSOE y en la actuación de partidos hermanos europeos, sino a sus propios méritos personales, a la eficiencia de unos medios técnicos (cuatro pseudosociólogos de la más ramplona escuela yanqui, seis aparachiquis que no tienen donde trabajar) y a un montón de arribistas con ganas de mandar ya, desconocedores totalmente de la paciencia, la clandestinidad, del equilibrio difícil entre el proyecto socialista y el contexto sociológico posible y, sobre todo, de nuestro electorado.

Y para mayor desconcierto, y tras de dos años de degradación de un partido y despilfarro del crédito conseguido el 15 de junio, nuestros dirigentes, por su cuenta y riesgo, y con ayuda de su equipo de subnormales políticos deciden que ha llegado nuestra hora y que el 2 de marzo al Gobierno. ¿Pero cómo?, nos preguntamos. Y la respuesta de nuevo está en función de una campaña infantilmente pensada cuya simpleza raya en el desatinado —Felipe serio y con canas,

Felipe firmeza, Felipe-jet eludiendo el divorcio y el aborto, las autonomías, Felipe imagen del orden serio-burgués—. Y ante tal bodrio, pues eso, el ciudadano que dudaba y al que queríamos convencer de que éramos tan guapos, elegantes, de confianza y orden para aspirar a la Moncloa, ni nos ha creído ni nos ha votado. ¡Fuera!, han dicho autonomistas, feministas, ecologistas, los que votaron PSP la última vez y los que hacen subir al PCE un 3 por 100 de votos. ¿Te enteras, Felipe?. Han dicho nones y esperamos que digáis qué os habéis equivocado de plano. Pues no, en lugar de esto nuestro Alfonso Guerra dice que se ha equivocado el pueblo español. ¿Desfachatez o megalomanía? ¿Lo más grave? El abandono de su sitio buscando un voto poco maduro —¿qué ha hecho el PSOE para tenerlo tras cuarenta años de franquismo?— es lo que ha permitido avanzar al PCE un 3 por 100.

Un salto equivalente en las próximas y no habrá alternativa de izquierdas en este país en cien años. Véase la experiencia francesa o italiana y los sufrimientos de Mitterrand teniendo que ir con el PCE.

Hemos hecho el juego a Suárez

Nuestro crédito se ha desgastado y con razón. Hemos consentido, politiquero, vedetismo y, sobre todo —necios PCE y PSOE—, el juego a Suárez. Constitución, Cortes, ruedas de prensa, fotos, pero de los problemas importantes, ¿qué? Se supone que el partido ha estado en las Cortes (cuando los periodistas han hablado de ello) pero el partido en las calles, ¿qué? Los periódicos se leen poco, fuera del ámbito de los políticos.

Además de perder votos y escaños hemos conseguido gracias al aparato romper el partido con cacicadas y nepotismo, marginar elementos valiosos, promocionando arribistas sin valor, desmoralizando a los militantes más dedicados.

Nuestro Felipe-jet, sus viajes, de aquí para allá, no ha tenido contacto alguno con su base salvo para discursar sobre el marxismo o comunicar sus supremas decisiones. Del trabajo del parti-

do, de la organización, de los caciqueos, ¿qué? Se deja hacer una campaña política infantil por un equipo de derechas que ni entiende ni le interesa saber como hace política un partido de masas. Ha creído, y lo han convencido, que saltar desde las carreras ante los guardias o Carabanchel, a la Moncloa (pasando por Galaxia y ETA y la crisis económica tras eurenta años de franquismo) era posible sin más. ¿Sin tener un partido? ¿Con unos cuadros ejecutivos de llorar? ¿Sin trabajar en los organismos de base? ¿Sin democracia interna? ¿Nombrando candidatos a dedo? ¿Qué locura! Así no podríamos aumentar nuestros votos a la derecha y tenemos que perderlos a la izquierda. Y sucedió, claro. Tus muchachos, Felipe, se veían en los Ministerios, Concejalías y Congreso. A eso han jugado y nada más.

Qué ocasión perdida de afirmar nuestro espacio socialista, nuestra historia y avanzar hacia el poder sin saltos en el vacío y saltos atrás.

Conclusiones

Resumiendo:

— Hemos perdido votos y hemos perdido escaños.

— La parte más importante la hemos perdido por la izquierda, cualitativa y cuantitativamente, a favor del PCE.

— Salvo Cataluña y Valencia no tenemos mayoría en ninguna provincia.

— Nuestra política de unidad por arriba sólo —PSP, Convergencia— no ha servido más que para que un equipo de derechas se coloque en los mejores puestos. De votos nada. ¿Pasará los mismo con USO-UGT?

— La campaña —con una simpleza ausente de contenido político— ha sido un desastre. Además de la imagen hemos perdido toda la ilusión de militantes.

— El nombramiento de candidatos sin contar con la base, los votos en función de fobias personales han dejado la cacareada democracia interna en el puro suelo. Cierta stalinismo local ha conducido, gracias al ejemplo de Guerra, a una selección negativa de inútiles.

— Nuestro equipo de diputados es malo y nuestros conceja-



les pueden acabar los cien años de honradez en exactamente cien y no más, dado como se han designado y como no andemos con cuidado si ganamos las municipales.

— El consenso de notables sólo ha servido para concentrar la actividad del partido en el Parlamento en lugar de sacar el Parlamento a la calle.

— Sabiendo que los partidos socialistas —modelo austriaco o sueco— tienen su fuerza en las organizaciones de base, ningún responsable se ha preocupado de empujar el partido, las ejecutivas locales y los diputados en esa dirección.

— La ausencia de las bases en cualquier decisión —con errores crasos— y la no intervención ante situaciones caciquiles humillantes han llevado el desaliento y la indisciplina a las bases. ¿Cuántos militantes no han votado al partido?

— La organización del partido ha actuado para reducir rebeliones, disidencias o protestas. En ningún momento se ha entendido la organización como algo dinámico capaz de poner en marcha el partido hacia alguna parte. A partir de ahí las ejecutivas provinciales sólo han procurado mantenerse en el poder.

— Para colmo, cinco diputados del PSA en Andalucía, el feudo de nuestra ejecutiva federal. ¡Vaya chasco! Guerras, Galeotes y Cia. ¡Vaya triunfo! ¿Tampoco merece una autocrítica?

Visto el resultado de una cam-

paña planeada arbitrariamente, las consecuencias de la falta de democracia interna y del caciqueo de compadres se impone:

a) La autocrítica de la ejecutiva.

b) La eliminación en los próximos congresos de ese 80 por 100 de elementos inútiles o perniciosos de las ejecutivas federal y provinciales.

c) Implantar una real democracia interna compatible —visos los resultados— con una mayor eficacia.

d) Recuperar un espacio socialista con una política de un partido de masas de mayor participación y seriedad.

La edad de jefe de Gobierno

Si ante el cuatrienio de derechas que se avecina perdemos la tanda de cagaprisas que querían ser ministros ya y hacemos lo anterior, la lección puede darse por bien empleada aunque sea dura. Y en cuatro años se puede ganar lo perdido por la izquierda con creces y, en otros cuatro más, además de un sólido partido tendremos el Gobierno. Ocho años no son mucho. Felipe tendrá justo la edad de ser jefe de Gobierno a juicio de ese 3 por 100 de indecisos que siempre hay. No es mucho tiempo si queremos garantizar por lo menos veinte años de socialista con cambios y conquistas socialistas irreversibles. Y el que no quiera jugar con calma y seguridad que se largue a UCD, que gobierna ya.